



# CARI / ASUNTOS GLOBALES

Número 1  
Diciembre 2024

## Potencias Medias

Reflexiones sobre el rol de las  
potencias medias en el marco de G20

*Federico Pinedo*

# Reflexiones sobre el rol de las potencias medias en el marco del G20



**Federico Pinedo**

Sherpa argentino ante el G20. Expresidente provisional del Senado argentino. Expresidente del bloque opositor PRO en la Cámara de Diputados de la Nación. Fue regulador de telecomunicaciones y legislador de la Ciudad de Buenos Aires. Correo de contacto: [federico@pinedo.com.ar](mailto:federico@pinedo.com.ar)

## 1. Valores y potencias

El nazismo aparece como una anomalía antagónica con el *ethos* de la cultura de raíces grecorromana y judeocristiana que conocemos como Occidente, aunque entre la antigüedad y el capitalismo democrático moderno hayan existido monarcas absolutistas, xenofobia o antisemitismo.

Este régimen político totalitario fue posible por dos elementos. Por un lado, el producto de la terrible herida social de la Primera Guerra Mundial. Por otro lado y como consecuencia de lo anterior, la mutilación del mundo del progresismo liberal europeo del siglo XIX. Este se sustentaba en valores nacionales (no internacionales) de respeto por el otro, tolerancia, escepticismo de base científica, predominio de la razón, límites al poder y Estado de derecho.

La anomalía nazi entronizó lo contrario a esos valores: desaparición del respeto por el otro y la tolerancia, predominio de la emoción por sobre la razón, endiosamiento de la voluntad de poder por sobre todo límite y consecuente desaparición del Estado de derecho suplantado por la decisión arbitraria del jefe político (el “decisionismo” de Carl Schmitt). El predominio del caudillismo por sobre la supremacía de las leyes que resguardan los derechos de cada persona es una vieja historia de la humanidad. Solo quebrada por las limitaciones al poder surgidas en la antigua Grecia, en el derecho romano, en la revolución inglesa del siglo XVII y en las revoluciones norteamericana y francesa (en ese orden) del siglo XVIII.

A principios del siglo XX, a los márgenes de la Europa en guerra, se habían desarrollado dos potencias. Una basada en el igualitarismo como producto de la libertad personal (igualitarismo esencial), en el experimento democrático de los Estados Unidos, que asombró a Alexis de Tocqueville y movilizó el derrocamiento de la monarquía en Francia. Y la otra potencia, la Unión Soviética, basada en el igualitarismo producto del mandato revolucionario totalitario (igualitarismo de re-

sultado). Es posible que ese totalitarismo haya inspirado en parte al alemán y luego a los fascismos italiano, español, portugués y latinoamericanos.

A título personal, le oí decir a mi abuelo, el ministro de Economía de la Nación Argentina Federico Pinedo, pero después leí en la obra de John Maynard Keynes, la frase “la capa de la civilización es muy finita”. Rota esa capa de respeto y responsabilidad, la barbarie apareció como hongos después de la lluvia. Por eso hay que cuidar la capa del multilateralismo ahora.

Occidente, sobre todo el europeo en aquellos años, por su parte, incurría en el pecado de no utilizar los mismos valores en casa que fuera de ella, frente a otros pueblos. Ello llevó al colonialismo y generó la contraola del resentimiento y del orgullo de la descolonización.

Aquí se cruzan dos planos distintos: el plano del respeto o no de los valores del humanismo (mal llamado occidental, porque es global) y el plano del nacionalismo. Ese cruce de planos nos gobierna hasta ahora.

El fin de la Segunda Guerra Mundial, tras la Shoah, el holocausto del pueblo judío por los nazis, dejó en pie como dueños del poder mundial a los aliados, cuyo enfrentamiento entre sí fue evidente desde las mismas reuniones de establecimiento de la paz. Los desbordes totalitarios del estalinismo y la aparición de armas atómicas con capacidad de destruir el planeta dejaron configurada la Guerra Fría.

## 2. El fin de la Guerra Fría

Si nos fijamos en los motivos de la caída del Muro de Berlín, podemos ver que allí se impuso cierto plano de valores, pero no el plano del internacionalismo.

La Guerra Fría fue tal en el centro y caliente en la periferia. No hubo confrontación directa entre potencias nucleares, pero sí sangrientos enfrentamientos con miles de muertos en otros teatros de operaciones donde se discutían las esferas de influencia de grandes potencias. En estas confrontaciones se utilizaban los dos argumentos, el argumento de los valores y el argumento nacionalista. En todos los casos, las grandes potencias se mostraron dispuestas a sacrificar los valores por la captura de posiciones en el campo adversario. Un nacionalismo más fuerte que los valores. Occidente aquí sufría una disociación, porque sus valores nacionales internos, por los que se decía que combatía en el exterior, solían no respetarse afuera. En la Unión Soviética y el Pacto de Varsovia era al revés, pues adentro eran más estrictos y afuera defendían valores que no practicaban en su dimensión doméstica. Por ejemplo, Alemania Oriental se denominaba democrática, mientras controlaba a su pueblo con la metodología del Stasi.

En determinado momento, el presidente estadounidense James Carter decidió terminar con esta ruptura o incoherencia argumental y convertir a su país realmente en un faro moral, en un defensor mundial de los derechos humanos. En la Argentina, los Estados Unidos hicieron un duro cuestionamiento a la metodología de la captura, tortura y muerte de los guerrilleros o sus allegados, conocida como de los “desaparecidos”. Lo hizo por medio del informe de derechos humanos de la funcionaria Patricia Derian, quien ocupaba entonces el cargo de subsecretaria

para Derechos Humanos y Asuntos Humanitarios de los Estados Unidos. El razonamiento detrás de esas acciones era el del soviólogo Zbigniew Brzezinski, consejero de Seguridad Nacional en la administración de Carter, quien consideraba que Occidente perdería la Guerra Fría por el crecimiento de la oposición en los países del tercer mundo (ni Occidental ni soviético, aunque con mayores simpatías por el segundo mundo). Y que, en esas circunstancias, Occidente debía mostrarse consistente en los valores y recuperar un liderazgo moral. Es muy posible que Brzezinski haya confundido el plano de los valores con el plano nacionalista: el tercer mundo no odiaba a Occidente por sus valores, por el Estado de derecho, sino por el avasallamiento de su soberanía.

Carter fue derrotado en las elecciones presidenciales de 1980 y el presidente Ronald Reagan generó una visión completamente distinta, una visión de confianza en los valores de libertad y democracia, de disminución del peso de los gobiernos sobre las personas y de confianza en la superioridad de su país y de los valores humanistas occidentales. Todo lo cual debía apoyarse en un mayor poderío militar. En lugar de creer que iba a perder la Guerra Fría, Reagan creía que la iba a ganar, porque la democracia capitalista era superior al comunismo de Estado. Lo mismo impulsó en ese momento la primera ministra británica Margaret Thatcher y un tercer actor fundamental, el papa Juan Pablo II. Su prédica fue ética y se apoyó en la reivindicación de los valores cristianos que dieron forma a buena parte del pensamiento occidental, con un mensaje: “No teman; el bien triunfa”. Evidentemente, él conocía su patria y Europa del Este y los fenómenos de rebelión popular que se manifestaron en Checoslovaquia y otros países, hasta que el líder sindical Lech Walesa se impuso al régimen comunista en Polonia y el pueblo alemán derribó el muro pasando por encima del poder policial comunista.

Triunfaron los valores de libertad de pueblos oprimidos mucho tiempo; no triunfaron unas naciones sobre otras. No se invadió Alemania; se unificó una gran Alemania. Los valores de la libertad generaban mayor poderío que los valores del dominio de la voluntad de los jefes.

### 3. Las potencias medias

La confrontación norteamericano-soviética, el bipolarismo, llevó a la aparición, con el tiempo, del concepto de potencias medias o *middle powers*. Países importantes por su relevancia económica o militar o por su influencia, ajenos a la Unión Soviética y a la alianza trilateral de los Estados Unidos, Europa, Japón y otros aliados del viejo *Commonwealth* británico.

China fue y es un poder independiente; un poder por sí mismo. Por un lado, se enfrentó a los Estados Unidos, con éxito militar, en el Sudeste Asiático. Por otro lado, cuando su acción fue requerida para generar una estabilización del poder mundial, la utilizó con el acuerdo que Mao y Chou En-lai hicieron con Richard Nixon y Henry Kissinger, que fue lo que definió la Guerra Fría e hizo crecer a China hasta ser la gran potencia que es hoy. China no es una potencia mediana y tampoco era parte de un indefinido tercer mundo.

La India sí era un país identificado con el tercer mundo, ni occidental ni soviético. Aunque ahora puede ser considerada definitivamente en el ámbito de las grandes potencias, ya que ha sobrepasado la categoría de la mediana, empezando por que tiene la principal población del planeta.

Consideramos que el concepto de potencias medias fue mundialmente reconocido con la creación del G20. Allí no solo se incorporaron los países del G7 (Estados Unidos, Alemania, Japón, el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, Francia, Italia y Canadá), China, la India y Rusia, sino también otros 9 países. Estos Estados son potencias medias: Turquía, Sudáfrica, Arabia Saudita, Corea del Sur, Indonesia, Australia, México, Brasil y Argentina. Son 19 países porque el miembro 20 era la Unión Europea y desde 2023 se agregó a la Unión Africana. Otros países importantes, como España, son invitados regularmente a las reuniones como miembros transitorios estables.

#### 4. ¿Una política de potencias medias?

Las potencias medias serían eso si actuaran como tales, que es distinto de las otras dos alternativas de acción: a) actuar como aliados solapados de alguno de los grandes contrincantes o grandes potencias; b) actuar como oportunistas para obtener beneficios concretos de alguno o varios grandes contrincantes. Pero, por lo general, las llamadas potencias medias ejercen uno de estos últimos dos roles dependientes de las grandes potencias en lugar de desarrollar una política propia individual o coordinada con otras potencias medias o chicas. Por lo tanto, no actúan como potencias medias autónomas, sino que suelen hacerlo como potencias subordinadas, por un motivo u otro, a las grandes potencias.

Un ejemplo claro de política autónoma de potencias medias sería el compromiso de mantener a Sudamérica como zona de paz, así declarada por la ONU. Sin embargo, el ABC (Argentina, Brasil, Chile), que impulsaron los presidentes argentinos Julio Argentino Roca y Juan Domingo Perón, no se activa para este efecto. Brasil parece ocupado en otras cosas, en su afán global, en impulsar los BRICS, en ser miembro permanente del Consejo de Seguridad, en no confrontar a Rusia tras su invasión a Ucrania, en acompañar a China (a quien considera el poder del futuro), y en la amistad con Irán (sea directamente o por medio de los regímenes de Venezuela y Bolivia). Nuestro vecino no parece preocupado por tener una política autónoma de las grandes potencias en su propio continente.

Algunas de las grandes potencias, por otra parte, intentan aparecer como socios o dueños espirituales de las potencias chicas y medianas, simulando en ocasiones integrar junto con ellas un mismo grupo de países. No es raro percibir que la Unión Soviética se sentía cómoda y muchas veces acompañada por los denominados “países no alineados” en la Guerra Fría. Del mismo modo, pareciera que China se siente cómoda apareciendo como parte del denominado *Global South*.

De esta manera, mediante la búsqueda de elementos comunes, las grandes potencias intentan que las potencias medias aparezcan no como un tercero, sino como un socio. En fin último, las grandes potencias buscan que aquellos países que no puedan ser sus socios o que no se atrevan a serlo, por lo menos, sean neutrales.

Y, para ello, ayudan a esos países a hacer una apología de la neutralidad, simulando que se trata de una política valiente y autónoma que no se somete a nadie. Pero no es bueno engañarse y, para eso, hay que diferenciar entre un no alineamiento autónomo (que requeriría una política propia con socios propios), de una sociedad solapada con una gran potencia o de una neutralidad interesada en favorecer a uno. Como sucedió, por ejemplo, con la neutralidad argentina promediando la Segunda Guerra Mundial, poco antes y después del golpe militar de 1943.

Un caso de asociación política (no económica) de potencias medias y algunas grandes potencias es el grupo BRICS. Los BRICS, formados por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, comenzaron un diálogo con la finalidad de buscar nuevas formas de convivencia internacional, que se apartaran de un unilateralismo político de hecho (con los Estados Unidos como potencia hegemónica). En ese contexto, los BRICS poco a poco se fueron transformando en un grupo político anti-G7.

El mundo unipolar se desarrollaba en el marco de las reglas multilaterales de posguerra, aunque no siempre las grandes potencias respetaban esas reglas. Nuevamente el nacionalismo por sobre los valores de la convivencia. El incumplimiento “occidental” de las reglas multilaterales (por ejemplo en Irak) no tuvo a ese grupo de países como único beneficiario de la posibilidad esa decisión, ya que lo mismo sucedió con las invasiones rusas a Georgia en 2008 y a Crimea en 2014. Estas no fueron impedidas por el sistema multilateral, que todos estos actos pusieron en crisis. Esas lluvias trajeron los lodos en los que nos movemos ahora.

Pasado el tiempo, ante la invasión rusa a Ucrania, en la votación de rechazo en las Naciones Unidas, sus socios BRICS se abstuvieron. Sin embargo, ante la respuesta de Israel (con fuertes lazos con el G7) al atentado terrorista que causó casi dos mil muertos en la frontera con Gaza el 7 de octubre de 2023, algunos de los BRICS, como Sudáfrica y Brasil, denunciaron a Israel por genocidio en la Corte de La Haya. En ese contexto, en mayo de 2024 los vicecancilleres BRICS, reunidos en Moscú, hicieron una dura defensa del principio de integridad territorial de las naciones y del respeto del derecho humanitario en Gaza, mientras no merecía comentario alguno el accionar de uno de los firmantes que, en el mismo momento, continuaba invadiendo el territorio ucraniano.

Recientemente, a pesar de no haber existido originariamente un acuerdo sólido ni de India ni de Brasil, los BRICS decidieron ampliarse, a instancias de China. Ello hizo que ingresaran Irán y los Emiratos Árabes Unidos; aún Arabia Saudita no participaba y la Argentina estaba retirada por decisión del presidente Javier Milei. La Argentina no encontró sentido coherente a su participación en el grupo mientras Rusia invadía Ucrania y se incorporaba Irán, acusada de atentados terroristas en nuestro territorio por el máximo tribunal penal argentino. Irán, por otra parte, acompañó a Rusia en el apoyo a Bashar al-Assad en Siria, apoya a Hezbollah en el Líbano y en el resto del mundo, a los hutíes en Yemen y en el mar Rojo, y todo indica que tácticamente también a Hamas en Gaza. Todo lo cual no habla de un acuerdo internacional basado en el comercio, sino en la política. En este sentido, la ex

secretaria de Estado de los Estados Unidos, Condoleezza Rice, denomina “Estados revisionistas” a China, Rusia e Irán.

## **5. Potencias medias y G20**

El grupo de los 20 tiene por finalidad ocuparse de problemas globales de todos, por medio de un diálogo abierto entre países que tienen distintos valores, intereses y sistemas políticos. Para reflejar, en un entorno acotado, visiones de conjunto, tomando en cuenta las diversas perspectivas.

Algunos problemas globales se refieren a temas como el cambio climático, la transición energética o las pandemias, pero otros dependen en buena medida de lo que cada Estado haga. Es evidente que temas como la estabilidad económica internacional, el desarrollo sustentable, la lucha contra la pobreza y aun la economía digital y la inteligencia artificial dependen en gran medida de políticas nacionales. En relación con estos temas ocurren dos cosas: la primera es que se supone que los miembros del G20 deben buscar asumir un compromiso que alinee sus políticas domésticas con la coordinación internacional; la segunda es que los conflictos bélicos o geopolíticos no pueden dejar de impactar negativamente en los problemas de todos.

Pero los conflictos geopolíticos no se resuelven en el G20, sino en la ONU, y allí se topan con el sistema de votos y vetos. Esto no puede dejar de afectar al G20 en su finalidad existencial, de modo que es necesario discutir si es posible afrontar globalmente problemas de esa índole o si todo se reducirá a los sistemas de confrontación aleatoria permanente entre potencias nacionales. Es decir, en un multipolarismo regido por las pautas del siglo XIX, como el que en un traspie desembocó en las dos guerras mundiales del siglo pasado, con sus secuelas de muchos millones de muertos y destrucción, por razones de poder decididas por unos pocos.

En definitiva, estamos en un momento en que hay que decidir si el mundo se mantiene en el ámbito multilateral para resolver sus conflictos de manera cooperativa o si pasamos, como dicen algunos países integrantes del G20, a un mundo multipolar. Esta decisión implicaría resolver los conflictos por medio de la confrontación y donde rijan esferas de poder de potencias grandes, a las que deban someterse potencias medianas o chicas. Multilateralismo vs. multipolarismo; cooperación o confrontación. La eterna disyuntiva de la historia de la humanidad.

El mundo es gris, no negro o blanco, y todo influye en todo lo demás. No hay caminos limpios y dicotómicos, sino huellas diversas llenas de obstáculos y curvas. Pero lo relevante son la tendencia, el rumbo y la intensidad.

## Conclusión

El objetivo de estas reflexiones no es que sean meramente descriptivas, sino explorar conclusiones y formular propuestas conceptuales y de acción.

La confrontación multilateralismo vs. multipolarismo, como todo, tiene varias salidas posibles. Una, por ejemplo, podría ser el acuerdo político del puñado de potencias con capacidad de llevar adelante guerras en gran escala o, tal vez, de las potencias nucleares, de mantener un sistema de decisiones multilateral. Sistema que, al estar basado en reglas, implique el compromiso de cumplir con esas normas. Sin duda, una discusión de ese tipo va a conllevar otra, que es aquella sobre quién hace las reglas y sobre qué parámetros. Si lo único que se valora más que cualquier otra cosa es la voluntad de poder, la decisión de ser obedecido, la disponibilidad de la facultad de arbitrariedad para regir la vida de uno o más pueblos, entonces la variable institucional, la variable de las reglas, la variable de la cooperación, deja de estar disponible y queda la de la confrontación, con sus consecuencias.

La variable institucional (implica que las instituciones están por encima de la mera voluntad de las partes), también llamada Estado de derecho o ley internacional, consiste en hacer una nueva apuesta por el multilateralismo. Es muy posible que requiera resolver además otras cosas, en particular, quién hace las reglas y sobre qué bases conceptuales. En este sentido, el tercer tema del G20 de Brasil es ese: la reforma de la gobernanza global. Hasta ahora, incluso los países que han roto las reglas del multilateralismo vigente afirman que quieren vivir bajo reglas, discutiendo quién y cómo las hace. Si eso fuera cierto, la disputa real no sería multilateralismo o multipolarismo, sino sobre el contenido de un multilateralismo real, más multipolar que unipolar.

Otra variable de salida de la dicotomía multipolar es la del equilibrio del poder, siguiendo algunas ideas de Klemens von Metternich o Henry Kissinger. En este caso, las naciones y los pueblos invertirán una enorme cantidad de recursos en materiales bélicos, distrayéndolos de su propio progreso social. Lo harán hasta un punto, no tan lejano, en que se den cuenta de que la capacidad general de destrucción total está garantizada, con lo cual se llegaría a una parálisis como la de la Guerra Fría. Aun pensando en este camino, en el que el presidente Putin afirma que cree (aunque esto es cuestionable), en un momento dado la negociación basada en la pregunta del poder de unos y del respeto hacia los otros se torcerá hacia otra pregunta más acuciante: ¿cómo hacemos para no desaparecer todos? Por eso, a quienes consideran que lo único realista es el equilibrio de poder, se les podría acercar la siguiente reflexión. Si uno piensa en los conflictos desde la mirada de la salida de estos, desde la imaginación del tratado de paz viable que terminaría con la guerra, a veces se encuentra con que cierto idealismo es lo más realista o que existe un realismo idealista.

Quizás sea ingenuo postular una posible salida por medio del multilateralismo multipolar, y concluimos este artículo con otra ingenuidad: la de pensar que es posible que las potencias medias tengan un rol que cumplir en la definición de este juego. Ya hemos visto que, si se impusiera el multipolarismo que postulan Rusia o Brasil (y hasta la India en algunas ocasiones), una de sus consecuencias naturales

sería nuevamente la división del mundo en esferas de influencia regionales y en espacios para ser conquistados por unos u otros. Esto no les conviene a los *middle powers* que, si no lo quieren, deberían actuar con autonomía en consecuencia.

Las potencias medias deberían tener el carácter necesario para pensar en grande y razonar en conjunto, entre ellas, sobre un objetivo común. Esa es la definición de diálogo, razonar en común. Pero el diálogo requiere necesariamente dos cosas: un objetivo común sobre el cual razonar —una pregunta que contestar en conjunto— y buena fe de las partes. Si no, aquello podrá ser una conversación, pero no un diálogo. El objetivo común de las potencias medias es bastante obvio: no subordinarse o ser invadidas por otras potencias y dedicar toda la energía y recursos disponibles al desarrollo sostenible de sus pueblos. No es una frase, sino una necesidad contante y sonante de la realidad más cruda. Para eso se requiere libertad mental, ciertos valores constructivos y la convicción de que ser más chico que otros no es ser menos. Siempre habrá otro más poderoso que cualquier poder terrenal.

En conclusión, cada uno actúa desde lo que es. La Argentina, en este complejo mundo, debería actuar desde su pertenencia a Occidente por sus valores y al sur por su geografía. Esa ubicación, tal vez, le permita servir de puente de diálogo, si busca ese objetivo.